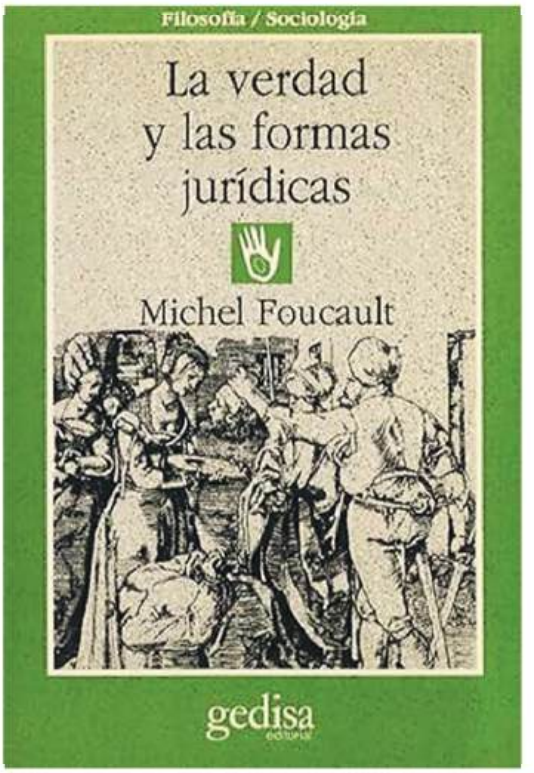
Publicación de la Carrera de Derecho
Instituto de Investigaciones, Seminarios y Tesis
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRES

REVISTA JURÍDICA DERECHO
ISSN 2413 - 2810, Volumen 15, Nro. 24
Enero - Junio 2026

Blithz Lozada Pereira[1]

Michel Foucault. La verdad y las formas jurídicas. 3.ªed. Barcelona: Gedisa, 1992.



Michel Foucault nació el 15 de octubre, hace cien años exactamente, en la ciudad francesa de Poitiers. En 1844, es decir 82 años antes de su nacimiento, en la misma fecha, 15 de octubre, a mil kilómetros de distancia, en la ciudad alemana de Röcken, nació Friedrich Nietzsche. Como un homenaje al centenario del natalicio de Foucault, esta reseña comentada muestra el contenido de la segunda conferencia que el filósofo impartió en Río de Janeiro, en mayo de 1973 en su lengua materna, el francés, y que, junto a otras cuatro, fue publicada posteriormente con el título: *La verdad y las formas jurídicas.3ª ed.Barcelona: Gedisa, 1992.*

Ambos filósofos murieron relativamente jóvenes, sin formar familias tradicionales y habiendo protagonizado vidas muy intensas, distanciándose del modelo académico prevaleciente. El primero falleció a los 55 años, apartado de la vida universitaria y recluido en dos hospitales psiquiátricos durante más de un año, quedando solo y

1 *Philosophical Doctor* en Gestión del Desarrollo y Políticas Públicas (UMSA); *Magíster Scientiarum* en Filosofía y Ciencia Política (CIDES) y *Magíster* en Políticas, Organización y Gestión de la Ciencia, la Tecnológica y la Innovación (UMSS-CEUB). Ha obtenido el Diplomado Superior en Ciencias Sociales con Mención en Cuestión Étnica en los Andes Bolivianos (FLACSO) y el Diplomado en Educación Superior (Carrera de Ciencias de la Educación, FHCE). Es Licenciado en Filosofía con estudios de Economía (UMSA), habiendo participado en más de dos docenas de eventos académicos, científicos y de gestión, de carácter internacional, como expositor, en veinte países de tres continentes; lo propio, se registra a nivel nacional. Miembro pleno del Colegio de Politólogos de La Paz.http://orcid.org/0000-0001-7186-9748

excluido durante once años, al cuidado de su madre y su hermana. Foucault murió a los 57 años, víctima del SIDA, habiendo desplegado ampliamente el enfoque genealógico como alternativa a la historia tradicional. Coincidentemente también, ambos decesos se dieron en una fecha similar: dos días 25: Nietzsche, el 25 de agosto de 1900 y Foucault, 84 años después, menos dos meses, el 25 de junio de 1984. Por lo demás, nadie puede ignorar el notable impacto de sus ideas sobre la modernidad, el radicalismo desafiante de sus vidas y pensamiento filcsófico, la recepción polémica de sus obras y la crítica ácida que vertieron contra las certezas de su tiempo, atacando, tanto la moral tradicional y la metafísica, como cuestionando los regímenes de verdad, el poder disciplinario y las instituciones modernas.

La Pontificia Universidade Catolica do Rio de Janeiro invitó al filósofo francés a que dictara cinco conferencias del 21 al 25 de mayo de 1973. Previamente, Foucault estuvo en Brasil en una ocasión, en 1965 y, posteriormente, acudió en 1974, 1975 y 1976. En total, su estadía en el país lusófono fue de dos meses, aproximadamente, participando de actividades diversas cada año desde 1973. En 1965, fue invitado por la Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo para impartir conferencias relacionadas con su libro *Las palabras y las cosas* y para intercambiar ideas con intelectuales brasileros; en tanto que, posteriormente, realizó visitas a otras ciudades en circuitos que incluían actividades políticas. En 1975, por ejemplo, Foucault se pronunció sobre el crimen contra Vladimir Herzog, periodista y profesor del Partido Comunista Brasilero, asesinado por la dictadura militar de Ernesto Geisel. Tardíamente, hubo investigaciones, pero ningún responsable fue condenado y solo se dio la declaración de la Corte Internacional de Derechos Humanos, condenando los asesinatos, torturas y desapariciones que infligieron los gobiernos de facto.

Las cinco conferencias de Río de Janeiro fueron sistematizadas y publicadas en 1978, por intelectuales e investigadores brasileros de la universidad anfitriona, cuidando la fidelidad de la traducción del francés al portugués; posteriormente, la edición traducida del portugués al español por Enrique Lynch[2], precauteló el contenido, presentando las conferencias como si fuesen ensayos, eludiendo el lenguaje coloquial. Respecto de la segunda conferencia, el traductor al español señala que hubo un debate posterior que es parte de la edición de GEDISA con el título: "Apéndice". Finalmente, no hay evidencia concluyente de que el título de la publicación, *La verdad y las formas jurídicas,* se haya formulado antes de la convocatoria a las conferencias, quedando claramente establecido que ninguna de las cinco exposiciones tuvo un título específico propio.

De manera general, es posible resumir el contenido de las cinco conferencias de 1973 en lo siguiente. En la primera, Michel Foucault remarca el problema del surgimiento de ciertas *formas de verdad* en prácticas jurídicas concretas. Expresa su acuerdo sustantivo con la concepción nietzscheana del conocimiento: conocer implica ejercer poder, participar en juegos, inventar contenidos y realizar las pulsiones subjetivas de

2 La verdad y las formas jurídicas, traducido por Enrique Linch de: A verdade e as formas jurídicas, de 1978. GEDISA Editorial, Serie CLA-DE-MA. Grupo Filosofía–Sociología, 3ª edición. Barcelona, 1992.

REVISTA JURÍDICA DERECHO
ISSN 2413 - 2810, Volumen 15, Nro. 24
Enero - Junio 2026

los instintos y la naturaleza soberana del individuo. La centralidad de la razón y la idea del conocimiento como búsqueda de la *verdad,* son nociones del discurso falso que prescinde del contexto histórico y político como escenario determinante para cualquier saber. En contra de un sujeto que, sin particularidades propias, alcanzaría la *verdad* de manera universal e indiferenciada, el filósofo francés desarrolla el concepto de *dominios de saber*, entendiéndolo en el sentido de lo que permite entender cómo las formaciones históricas validan la *verdad.*

En la segunda conferencia, Foucault muestra el modo como el poder y el saber se imbricarían mutuamente en el campo judicial. Su análisis se detiene en el mito de Edipo construido en la Grecia arcaica, presentándolo como una metáfora de la relación entre ambos: el poder y el saber se articularían en una relación peligrosa de componentes que son correspondientes y correlativos, quedando siempre superpuestos. Esta visión prevaleció hasta que dos siglos después, las imágenes míticas de Platón, escindieron el saber del poder, instalando en Occidente la idea de que la *verdad* debía quedar legítimamente fuera del poder político. El conferencista mostró también que los procedimientos de prueba, investigación y sanción no se agotarían como técnicas neutrales, constituyéndose en mecanismos productores de la *verdad,* definiéndose que, en el derecho, ciertas prácticas judiciales generarían modos de ver, clasificar y decidir, obligando a abandonar la visión de un sistema abstracto.

En la tercera conferencia, el expositor muestra el tránsito de la concepción griega a la noción feudal. Se trata del predominio de la *inquisición* como práctica judicial que busca indicios con poder, y de la *disputatio* como confrontación dialéctica para deducir la *verdad.* Profundiza en el papel de las formas de investigación y el examen como tecnologías históricas para alcanzar la *verdad.* Foucault relaciona el saber jurídico con la transformación de los métodos, de modo que se conozca lo que ocurrió y quién sería culpable. La *verdad* es inseparable de los dispositivos concretos para alcanzarla como son los interrogatorios, las pruebas, los expedientes, la autoridad del experto y la validación institucional.

La cuarta conferencia trata sobre el desarrollo de la ley penal en los siglos XVIII y XIX. Aquí, Foucault muestra las diferencias entre Cesare Beccaria y Jeremy Bentham, además del surgimiento de la sociedad disciplinaria y panóptica. Analiza la constitución de sujetos en tales contextos, asumiéndose que los *modos de verdad* describirían el mundo; pero, ante todo, generarían tipologías de sujetos, por ejemplo, el *culpable,* el *anormal* y el *sospechoso.* Después de 1973, la idea de que el sujeto no es el punto de partida del saber, sino un efecto histórico, fue desarrollada de modo exhaustivo por el filósofo francés en varias de sus obras ampliamente difundidas.

El último día, el autor expuso las características del *panoptismo* y la consolidación de la sociedad moderna, basada en el *sub-poder* que permite la *plus-ganancia.* Aquí aparece la inteligente *adivinanza* que Foucault formuló al auditorio, presentando las características de una institución cerrada que recluye al sujeto e inquiere de qué entidad

se trataría. La conferencia cierra el ciclo mostrando el alcance político del problema del poder. El autor deja claro que las formas jurídicas de la *verdad* no pueden separarse de las relaciones de fuerza que organizan la sociedad. Asimismo, el filósofo francés anticipó varias temáticas sobre el poder, la disciplina, la normalización y el control social.

Concluida la segunda conferencia, hubo un intercambio de ideas, preguntas y respuestas con los asistentes a la sesión del día martes 22 de mayo de 1973. En la publicación de la editorial Gedisa aparecen las intervenciones de Roberto Oswaldo Cruz, Hélio Pelegrino, Milton José Pinto, María Teresa Amaral, Alfonso Romano de Sant´Anna, Roberto Machado, Luis Costa Lima, Chaim Katz y Rose Muraro. Cabe señalar los temas clave que presentaron los interlocutores, en general, ratificando las ideas del filósofo francés. Por su parte, él expresó sus certezas, por ejemplo, sobre la verdad, el poder y las formas jurídicas. Tales temáticas e intervenciones se resumen en lo siguiente.

De modo recurrente, los interlocutores reiteraron que el conocimiento no tendría *origen **esencial*** alguno ni, al lograrlo, se realizaría una facultad *pura*. Toda verdad se forjaría históricamente, como parte de las prácticas sociales, relaciones de poder y formas de lucha. No existiría ningún sujeto de antemano, forjado para conocer. Al respecto, como Nietzsche, el filósofo francés enfatizó que el conocimiento siempre sería *inventado,* ostentando una génesis situada, pequeña y conflictiva. Pero, lo más importante radica en que la *verdad* nunca es neutral ni exterior al poder; organizándose mediante reglas de juego y dispositivos de control según relaciones estratégicas. El *saber* no sería universal ni a-histórico, sino que se constituiría a través de prácticas concretas como la investigación judicial, la prueba, el testimonio y el examen; además de otras técnicas de validación, según los momentos epistemológicos, el régimen de poder y de cómo cada época produciría y validaría la *verdad*.

Foucault enfatizó que el poder no solo reprime; sino, organizaría campos de visibilidad, produciendo categorías y modelando a los sujetos. Aclaró que las prácticas judiciales son decisivas porque decantan formas de indagación, examen y prueba que se habrían expandido a otros campos del saber moderno, por ejemplo, a la sociología, la psicología, la criminología y el psicoanálisis, vinculándose a formas de control social. Como investigador, el interés principal del filósofo radicaría en establecer la genealogía de los *procedimientos de constitución de la verdad*, de modo que, entre luchas políticas y mecanismos sociales, técnicas y relaciones de poder, surgiría el *saber triunfante.* En suma, la historia del conocimiento sería la *historia política de la verdad,* sin evolución lineal de ideas, en medio de conflictos, instituciones emergentes y técnicas de poder, sin sujeto estable, constituyéndose gracias a las prácticas históricas concretas. La *verdad* no estaría en los textos escritos, esperando ser descubierta; sino, constituiría el producto histórico de prácticas, instituciones y formas de validación.

El foco de atención de la segunda conferencia, impartida el 22 de mayo de 1973, es el mito de Edipo. Foucault critica la interpretación de Sigmund Freud y se alinea parcialmente con la visión de Gilles Deleuze y Félix Guattari. El mito inspiró a Freud

REVISTA JURÍDICA DERECHO
ISSN 2413 - 2810, Volumen 15, Nro. 24
Enero - Junio 2026

para que formulara el *complejo de Edipo,* consistente en la idea de que la constitución psíquica infantil incluiría el deseo y los celos. El niño tendría un deseo inconsciente dirigido hacia la madre, en rivalidad con el padre, orientándose posteriormente a identificarse con él. Foucault sostiene que tal noción del psicoanálisis sería una teoría clínica del inconsciente, pero también una forma de poder y normalización social que reduce el deseo a una estructura familiar tríadica. Aunque fuese relevante el descubrimiento freudiano de que el sujeto no sería transparente para sí mismo y el deseo tendría una profundidad inconsciente; Freud minimiza los conflictos sociales, políticos e históricos a dramas familiares; minimizando el deseo a una *carencia* relacionada con el padre y la prohibición; perdiendo su fuerza abierta y productiva. Además, el deseo sería objeto de interpretación, disciplina y vigilancia, ofreciéndose la *normalización* a través de la imagen familiar burguesa que establece normas para reconducir las conductas *desviadas*.

Respecto de la obra de Deleuze y Guattari titulada *El Anti Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*[3], en el prefacio escrito por Foucault, enfatizó que el libro constituye una introducción para "una vida no fascista"; ofreciendo una visión diferente a la de Freud, exenta de las cargas de la ley, la culpa, la castración y la falta. El deseo no sería una carencia, sino, ontológicamente, una fuerza vinculada a la producción, el flujo y la creación. Se halla relacionado con el inconsciente y la sociedad, permitiendo explicar la economía y la política, y orientándose a la liberación de las estructuras represivas. En suma, el mito de Edipo, interpretado por Freud, no describiría verdad universal alguna sobre la profundidad del ser humano, y menos respecto de la familia ni de la ley paterna. Aquí es previsible que un homosexual declarado sea enemigo del conservadurismo burgués, normal y heterosexual.

Es conveniente, por último, referir el mito de Edipo y puntualizar las interpretaciones que Foucault explicita en la segunda conferencia de Río de Janeiro. A pesar de las diversas versiones del mito, particularmente, de los escritores trágicos de la época clásica, a continuación, se ofrece el resumen de algunos contenidos aceptados recurrentemente, acompañados de las interpretaciones del filósofo.

Foucault destaca que la Grecia arcaica se diferencia de la clásica, entre otras características, porque Platón reiteró su concepción de que el saber, el de la *episteme* que recuerda las esencias de las cosas, pertenecería a una *esfera pura,* propia del sabio, quedando libre de la esfera de poder, propia del político y siempre sospechosa. Respecto de Edipo, el pensador afirma que la tragedia pone en evidencia que la *verdad* no ofrecería luz neutral, sino que se produce invariablemente en una red de pruebas, testimonios, autoridades y decisiones políticas. Para el ateniense, el filósofo-sabio queda opuesto al gobernante, ambos separados, uno, cultivando el conocimiento y el otro, ejerciendo poder.

3 La edición original en francés, de Gilles Deleuze y Félix Guattari, es de 1972. La nueva edición ampliada, en español, es de 1985. Trad. Francisco Monge, Paidós Studios, Colección Básica, Barcelona.

Pero en la Grecia arcaica del siglo VIII al siglo VI a. C., el saber y el poder estuvieron imbricados: el poder produciendo saber y el saber sustentando formas de poder; sin atisbo platónico alguno del siglo IV a. C. El ateniense intento una operación filosófica y política para *purificar* la *verdad.* Pero, la realidad instituiría *verdades históricas* siempre atravesadas por relaciones de poder y saber. Una evidencia de la visión arcaica ofrece la interpretación del mito de Edipo. La *verdad* no es producto de una mente privilegiada, sino de una cadena de mitades del saber que se completa, tanto en la esfera de los dioses, como de los reyes y los siervos. El descubrimiento que hace Edipo de la *verdad* (la profecía de asesinar a su padre y casarse con su madre) no se produce porque sea rey, sino porque tal contenido emergió desde abajo, con dos testigos que visibilizan la *verdad* para todos.

Aunque no hay certeza histórica de que los labriegos, pastores y trabajadores del campo en la Grecia arcaica hayan sido considerados *esclavos,* sin duda, que las condiciones de su existencia podían variar significativamente, y más si estaban vinculados a las casas reales de ciudades como Tebas o Corinto. Dos pastores son los que revelan la *verdad* a Edipo, con declaraciones distintas que completar el cuadro de lo que pasó como si se tratase de un rompecabezas armado. Lo armó primero Yocasta y después su hijo, Edipo, que se descubrió a sí mismo, casado con su madre. Se trata de un mensajero de Corinto y de un pastor de Tebas que tuvo protagonismo en el macizo montañoso del Citerón.

Según la interpretación foucaultiana, Edipo, conocedor de la profecía del Oráculo de Delfos, se habría obsesionado por descifrar la *verdad.* Incluso lideró el interrogatorio de los dos siervos, sin que prevalezca su autoridad absoluta en cada escena, con el riesgo de quedar atrapado en la red de testimonios que no podría verificar, refutar ni destruir, sin atentar contra su propia investigación. Prefirió referirse a los testigos como *servidores subalternos* del mundo regio. No eran ciudadanos ni extranjeros de ciudad alguna, anulándose también la opción de referirlos como *esclavos,* porque tal nombre podría generar situaciones inextricables e imprecisas. Es significativo que un mensajero y un pastor, personas socialmente por debajo de Edipo, poseían recuerdos que, al ser verbalizados, expondrían la *verdad,* mostrando al rey de Tebas como alguien subordinado al poder de sus declaraciones. Eran los poseedores de la clave factual que pondría a la más alta autoridad de Tebas en una situación carente de opción para mantener cualquier tipo de control.

Edipo como buscador de la *verdad* dejó de ser el rey que sabe y manda, convirtiéndose en el hombre que interroga desesperadamente, pero no para descubrirse a sí mismo como el incestuoso asesino de su padre, sino por el temor que le ocasionaba perder el poder en Tebas, sin controlar resquicio alguno de la *verdad* que se le escapaba. La situación de Edipo, primero como autoridad soberana que ordena, acusa y exige respuestas; se transformó en la de un sujeto que podría sufrir las consecuencias de los testimonios de los subalternos, cuando esclarezcan el origen del niño, sin que pueda alterar su versión, estupefacto ante lo que los testigos dirían para descubrir la *verdad.*

REVISTA JURÍDICA DERECHO
ISSN 2413 - 2810, Volumen 15, Nro. 21
Enero - Junio 2026

El mensajero de Corinto, sirviente del rey Pólibo, reveló que Edipo no era hijo biológico de Pólibo y Mérope, monarcas de tal ciudad que difundieron ampliamente la falsa narrativa de su paternidad. Edipo, ("el de los pies hinchados"), siendo niño, fue entregado a tales reyes. Edipo habría sido expuesto en el monte con los pies heridos para que muriera, pero un pastor lo encontró y lo salvó, llegando finalmente a la familia real de Corinto, que lo adoptó como un hijo. Por su parte, el pastor del Citerón que pastaba los rebaños de Layo, como su dependiente, confirmó que ese niño era hijo de Layo y Yocasta, inicialmente condenado a morir para que no se cumpliese la profecía, pero que fue salvado pasando de unas a otras manos, hasta que llegó a la casa regia de Corinto. Para que muriera le habrían atado los pies. Cuando Edipo creció y fue adulto, conoció la profecía y para evitar que se cumpliera se alejó de quienes creía que eran sus padres; así, lejos, supuso, que no asesinaría a Pólibo ni se casaría con Mérope, exilándose por *motu proprio* lejos de Corinto.

En medio de las revelaciones de los servidores subalternos, Yocasta intentó frenar la investigación, sospechando que los testimonios confirmarían lo que temía. Pero, el pastor de Tebas no se calló y confirmó de modo decisivo, el origen del niño. Foucault afirma que ambos testimonios se integran perfectamente como las dos mitades de la *verdad* probada y completa, sin contradicción con la profecía del oráculo, ofreciendo indicios del asesinato y el incesto, compatibles con los recuerdos de Yocasta y con el cálculo de la edad y procedencia del niño. Este es el mecanismo de la *verdad* en la tragedia, ensamblando los testimonios de los servidores, situados en el pasado, con las experiencias concretas que se completan y evidencian, además cumpliéndose lo que el oráculo anunció como profecía y debía producirse ineluctablemente. Foucault anota que los testimonios son piezas complementarias, de modo que la *verdad* termina encerrándose en un círculo que la ilumina y limita.

Foucault también interpreta la tragedia como la muestra de que el poder de Edipo pierde la posibilidad de generar cualquier *verdad,* que, alternativamente, contradiga a la que emerge desde abajo afectándolo profundamente y quitándole el poder. La *verdad* no aparece por una revelación abstracta, sino como la integración de recuerdos congruentes: testimonios sinceros provenientes de personas humildes que dan lugar a consumarse la profecía divina, sin que sea de otra manera.

Otro nivel de la *verdad* se da entre los dioses y su mensajero ciego, intérprete de las profecías del Oráculo de Delfos, el vidente Tiresias. Representa el saber profético: ve la *verdad,* pero no la demuestra con un procedimiento humano de prueba. Edipo, en cambio, ostenta el poder político y la capacidad de mando, por lo que Foucault lo llama el "hombre de poder ciego para la *verdad*", ciego para advertir lo que él mismo es sustancialmente. Aquí es ilustrativo que el poder no garantiza la verdad y que la verdad no está separada del poder: Edipo tiene poder, pero no sabe; Tiresias tiene saber, pero no ejerce poder político; los pastores no mandan, pero conservan la pieza decisiva del relato.

Que los dioses anuncien, que los reyes *recuerden* y que los servidores atestigüen. evidencia las formas de cristalización de la *verdad.* En el mito, además, la integración de las dos mitades y la complementación de los niveles descifra el mecanismo de la *ley de las dos mitades:* cada personaje posee solo una parte de la *verdad,* que solo brilla ostentosamente cuando ambas mitades se juntan y encajan, mostrando que la *verdad* se produce en un dispositivo donde la autoridad, la memoria y el testimonio quedan claramente entrelazados.

En *Las fenicias* de Eurípides, se advierte el alcance de la tragedia que atañe al linaje de Edipo, incluyendo a su madre-esposa, Yocasta, e incluso a los parientes consanguíneos de ella, como son su hermano Creonte y la esposa e hijo de él. Aparte de Edipo, Yocasta fue la madre biológica de Etéocles, Polinices, Antígona e Ismene, pero también fue la abuela de estos cuatro personajes a través de Edipo. Entre los cuatro hijos de Edipo y Yocasta, Etéocles y Polinices terminaron siendo fratricidas, uno asesinó al otro por el poder de Tebas. Que Yocasta tenga hijos que eran al mismo tiempo sus nietos, muestra el grado de descomposición y desorden al que llegó la vida real y social, marcada por la tragedia del linaje de Edipo. Se trata de la *hýbris*, manifiesta en las obras de Sófocles, como las transgresiones morales que alteran el orden; después, desde el siglo V a. C., el derecho ateniense codificó el delito penal como , considerándoselo acciones contra la dignidad personal. *La hýbris* designaba una ofensa grave contra el honor, con connotaciones de arrogancia desmedida hacia los dioses o las personas, siendo vista como un delito penal en Atenas desde las reformas de Solón. Por su parte, en la Grecia clásica, Platón la conceptualizó como exceso desordenado contra la moderación, la templanza, el autocontrol y la sensatez. La *hýbris* atentaría contra el equilibrio interior, el control racional de los deseos apetitivos y la armonía, el orden y el conocimiento del alma de sí misma; precipitando su ruina y la decadencia de la *polis*.

Yocasta intentó llamar a la reconvención a sus hijos-nietos, mentando la justicia, el orden, la responsabilidad y el equilibrio que debería prevalecer especialmente entre hermanos, en contraste a las actitudes de Etéocles, que fue dominado por el deseo de mantener el ejercicio del poder injusto y por la ambición de honores, sin considerar que tales causas destruirían ciudades y familias; puesto que la riqueza y el trono serían bienes que los dioses confiarían a la administración responsable del rey. Así, usurpar el trono atentaría contra la justicia, la comunidad y la naturaleza del poder.

A su segundo hijo-nieto, Polinices, Yocasta le reprochó por ser violento, advirtiéndole que recurrir a las armas y a la guerra contra la propia patria sería injusto: si triunfase, convertiría a sus conciudadanos en esclavos y si fracasase, cargaría con la culpa de precipitar la desgracia sobre todos. Así, su exceso ocasionaría el peso de la calamidad. En ambas situaciones, atentaría contra la justicia unida a la moderación, el respeto de los vínculos familiares y a las leyes no escritas; cometiendo trasgresión al principio de no imponerse políticamente por la fuerza. Eurípides muestra el suicidio de Yocasta no por haber descubierto que se casó incestuosamente con su hijo y que la *hýbris*

REVISTA JURÍDICA DERECHO
ISSN 2413 - 2810, Volumen 15, Nro. 24
Enero - Junio 2026

consistiría en que sus hijos biológicos eran al mismo tiempo, sus nietos genealógicos, hecho insoluble; además que, como esposa, descubrió el fatídico vaticinio del oráculo que se cumplió; se suicidó porque descubrió la *verdad* de que sus hijos-nietos se mataron uno al otro luchando por el trono de Tebas, pese a sus denodados intentos de mediación, finalmente frustrados, cerrando el peor final de la tragedia.

La tragedia de Antígona, hija de Yocasta y Edipo, descrita en la tragedia de Sófocles que lleva su nombre, se debatió en los antecedentes del conflicto de cumplimiento obligado de una ley no escrita de la tradición religiosa, antigua y venerable y, por otra parte, su obligación de someterse a la autoridad del Estado. Ante la vulneración de un acuerdo, de parte de su hermano, Etéocles, que debía cederle el trono de Tebas después de un año, por alternancia de ambos príncipes, hijos de Edipo; Polinices se refugió en Argos y desde allí, organizó un ejército que enfiló contra su propia patria.

La tragedia que incluye al linaje de Edipo, se precipita también sobre Antígona. Sófocles presenta su dilema como el choque irreconciliable entre dos deberes sagrados. Por una parte, la obligación religiosa y familiar que obligaba a Antígona a enterrar a su hermano Polinices, declarado traidor por su tío, Creonte, que gobernaba Tebas después de que los dos hijos varones de Edipo se mataran uno al otro. Antígona deseaba cumplir las leyes divinas de patrocinar los funerales de respeto a la familia, a pesar de que Creonte estableció que Polinices permanezca insepulto, siendo carne para los animales carroñeros. En cambio, Etéocles fue enterrado con honores por haber defendido Tebas del ataque del ejército invasor liderado por Polinices.

Creonte prohibió enterrar a Polinices como castigo ejemplar contra un enemigo de la ciudad, exigió que se cumpla la ley del Estado y, en castigo, encarceló a su sobrina, Antígona, porque realizó un entierro simbólico. El cuerpo de su hermano permanecía insepulto y a la hija de Yocasta y Edipo apenas se le otorgaron condiciones mínimas de sobrevivencia en la cárcel. El adivino ciego, Tiresias, vidente por voluntad divina, advirtió a Creonte que el cuadro disgustaba a los dioses por muchos signos que mostraban el malestar; que debía enterrar a Polinices y liberar a Antígona, so pena de que desgracias terribles sobrevendrían a su familia. Aquí, como en las otras intervenciones de Tiresias se trata de la *verdad* revelada, críptica para el conjunto de los mortales, pero clara para el ciego, vidente de lo sagrado, es decir del conocimiento y la *verdad* procedente de los dioses.

Creonte accedió, sepultó a su sobrino y ordenó liberar a Antígona; sin embargo, era tarde, la protagonista, previendo su muerte como inminente, decidió ahorcarse. Junto a ella yacía su prometido, Hermón, que, siendo su primo por ser hijo de Creonte, se suicidó también al verla muerta. La madre de Hermón, esposa de Creonte, al enterarse de la muerte de su hijo, hizo lo propio; dándose el final de la tragedia con la amargura de Creonte que afirmó que el sabio debería obedecer a los dioses. Así la desgracia incluyó a la hija de Edipo e incluso a la familia de su cuñado, descubriéndose la *verdad* del deber humano respecto de los dioses, ante situaciones extremas. Foucault,

al respecto, estableció el conocimiento divino vinculado con el sentido performativo que las palabras establecen: lo que los dioses dicen y transmiten a sus mensajeros no sería solamente el futuro que acontecerá de manera indefectible, sino es el futuro que sus propios dictámenes determinan con necesidad fáctica. El saber de los dioses establece palabras que hacen la realidad de los hombres; son expresiones que en el futuro se constatarán evidentemente, que se cumplieron constituyendo la realidad y la *verdad*.

Es sumamente interesante rastrear la genealogía de Layo y qué antecedentes hubo para que Edipo sea el objetivo de la profecía. Se trata, en verdad, de los atentados contra lo sagrado, particularmente, que Layo secuestró y abusó de Crisipo que era hijo de Pélope, rey de Pisa, atentando contra las costumbres y las nociones sagradas concernientes a la hospitalidad. Similar atención merecen, lamentablemente, imposible de desarrollar, en esta breve recensión, por ejemplo, los temas del mito de la Esfinge y cómo Edipo se convirtió en rey de Tebas casándose con Yocasta.

En las conferencias de Río de Janeiro, además de lo expuesto en esta recensión comentada, hay notables desarrollos teóricos del filósofo de Poitiers. En la exposición de cierre, refiriéndose a la arquitectura de la vigilancia y las instituciones de secuestro, presenta una adivinanza pidiendo al auditorio que adivine de qué entidad se trata. Comienza y termina así (pp. 121-3).

> Propongo una adivinanza: expondré el reglamento de una institución que realmente existió en los años 1840-1845 en Francia [...] no diré si es una fábrica, una prisión, un hospital psiquiátrico, un convento, una escuela, un cuartel; se trata de adivinar a qué institución me estoy refiriendo [...]. Los pensionados debían guardar silencio so pena de expulsión. En general, los dos principios organizativos básicos según el reglamento eran: los pensionados no debían estar nunca solos, ya se encontrarán en el dormitorio, la oficina, el refectorio o el patio, y debía evitarse cualquier contacto con el mundo exterior: dentro del establecimiento debía reinar un único espíritu.
>
> ¿Qué institución era ésta? En el fondo, la pregunta no tiene importancia, pues bien podría ser una institución para hombres o mujeres, jóvenes o adultos, una prisión, un internado, una escuela o un reformatorio, indistintamente. Como es obvio, no es un hospital, pues hemos visto que se habla mucho del trabajo y, por lo mismo, tampoco es un cuartel. Podría ser un hospital psiquiátrico, o incluso una casa de tolerancia. En verdad, era simplemente una fábrica de mujeres que existía en la región del Ródano y que reunía cuatrocientas obreras.

Michel Foucault, en las cinco conferencias, anticipó desarrollos teóricos posteriores concernientes al establecimiento de la *verdad* en los agregados culturales destacados de la historia de Occidente, además, pergeñó la genealogía de tales dictámenes. En la segunda conferencia destaca la precisión lingüística que realizó respecto al término griego ***istor*** () denotando al ***testigo*** que sabe, porque vio lo que declara. Este término

REVISTA JURÍDICA DERECHO
ISSN 2413 - 2810, Volumen 15, Nro. 24
Enero - Junio 2026

ha dado lugar a la palabra *historiador* y otras similares, mostrando una analogía entre lo que alguien puede dar fe de lo ocurrido por experiencia directa y el trabajo del historiador que recoge tales testimonios.

En la tragedia de Edipo, la verdad no está dada por abstracción ni por demostración teórica deductiva, sino por una cadena de testimonios en la que el *istor* (ἵστωρ) encarna el tránsito desde la *verdad* como revelación divina hasta la *verdad* corroborada por alguna prueba humana. Foucault contrapone dos modos de *verdad*: el saber respaldado por el poder del rey y el saber de los testigos humildes que conserva la huella material del hecho que testimonian. El *istor* es significativamente importante porque se trata de quien permite que la *verdad* no dependa absolutamente de la autoridad soberana, sino de lo que los declarantes atestigüen, narren y confirmen.

Finalmente, la segunda conferencia termina con la expresión que Foucault señala respecto de Nietzsche: que, siguiendo su ejemplo, es un imperativo acabar con el mito de Edipo, descubriendo que detrás de todo saber está en juego una lucha de poder, puesto que: "el poder político no está ausente del saber; por el contrario, está tramado con esté" (p. 59). Tal la notable convocatoria que, como arenga política sirve notoria, aunque indirectamente, aun hoy, como el útil fundamento, por ejemplo, a teorías como el *wokismo.* Por lo demás, hoy se han hecho explícitas críticas a la idea de que la *verdad* absoluta no existe y que todo saber tiene respaldo de algún poder, con las siguientes preguntas: ¿Qué respalda los enunciados de Foucault sobre la *verdad,* si no debemos tomar proposición alguna, como verdadera absolutamente?, y ¿cuál es el fundamento de poder que respalda su saber?